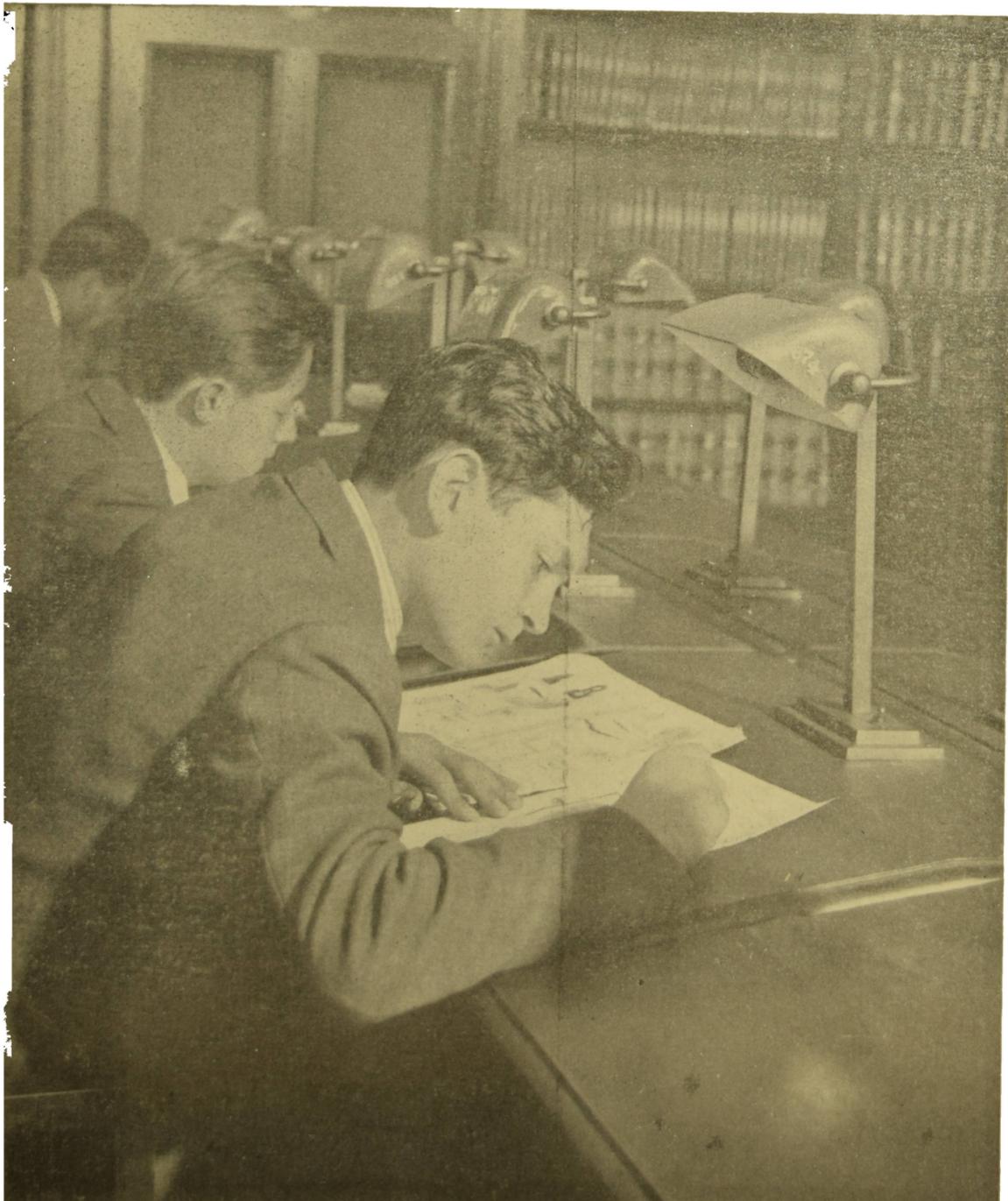

Letras

Lugones, mesianismo y literatura

JUAN CARLOS GHIANO

VARIADA Y MÚLTIPLE es la labor de Juan Carlos Ghiano en el campo de la literatura y la docencia. Nacido en Nogoyá (Entre Ríos) en 1920, se graduó como profesor de castellano y literatura en el Instituto del Profesorado de Paraná en 1941. Ejerció la cátedra en el Instituto del Profesorado de Catamarca y de Buenos Aires. Actualmente es profesor de literatura argentina en la Facultad de Humanidades de La Plata. Inició su labor literaria con un libro de cuentos: Extraños huéspedes (1947). Sucesivamente publicó: Cervantes novelista (segundo premio municipal), Historia de finados y traidores, Temas y aptitudes, Lugones y el lenguaje, Constantes de la literatura argentina, Memorias de la tierra escarlata, Lugones escritor y Testimonio de la novela argentina (1956). Este año recibió el tercer premio nacional de crítica y tiene en prensa —editada por el Fondo de Cultura Económica— una historia de la poesía argentina en el siglo XX.

LAS lecturas de Leopoldo Lugones suelen tropezar con sus teorías políticas; obstáculo que demora la comprensión de la obra cuando no la reduce a aquella etapa que coincide con las ideas del lector. Las preocupaciones lugonianas han impuesto este riesgo a su literatura, acentuando los motivos de la prédica de sus ideas históricas, martilladas con el rigor del estilo. Sin embargo, la lectura consecuente identifica al hombre con la función que ambicionaba su pensamiento: el prosista se confirma en el servicio nacional, y el poeta en la nitidez de algunos temas y de una última forma sencilla, que hicieran ampliamente compartibles sus intuiciones de nuestro paisaje y de nuestra historia. Su literatura se apoya en las simpatías y los desacuerdos que sostienen el sentido moral del itinerario, confirmado en excelencias verbales que nacen de la misma raíz. Las renovaciones políticas y literarias europeas y los tropiezos cívicos argentinos se engranan en el avance de su pensamiento, que busca dilucidar el pasa-



BIBLIOTECA PÚBLICA
Esta dependencia de la Universidad funciona en un moderno edificio inaugurado en 1938 (fué el primero en el país construido para albergar una biblioteca). Su fondo bibliográfico alcanza a 320.000 piezas, destacándose la sección ibero-americana, la cervantina y la de periódicos sudamericanos, aparte de varios centenares de libros raros de extraordinario valor. En la amplia sala de lectura se hallan ubicadas —al alcance del lector— las obras de referencia de las diversas materias. Tiene incorporadas a su tesoro las librerías de Farini, Zimny, Costa Alvarez y Alejandro Korn. En 1926 abrió el servicio de préstamo a domicilio, con un régimen muy liberal —hasta cinco obras por un plazo de 15 días—, que puede utilizar el público en general. En conjunto, las distintas bibliotecas de la Universidad (central, facultades e institutos) poseen un caudal de más de 600.000 piezas.

do para no equivocarse en el presente y sostener eficazmente el futuro.

Los años en que vivió y los desacuerdos nacionales le impusieron un concepto comprometido de la tradición, desmesurando perspectivas que aseguraban la prevalencia espiritual del poeta o de los inspirados por su verbo. Hurgaba en el tiempo y en las doctrinas, para evitar errores a su propia inteligencia y a las de aquellos a quienes sentía capaces de comprenderlo. Su combatiente individualismo se afirmó en la prevención de los peligros que acechaban a la patria, aunque muchas veces éstos se agigantasen en el interesado ritmo del análisis. Las crisis de los hombres le mintieron las crisis de las instituciones y de las ideologías que aquellos aprovechaban torcidamente. Pocas veces superó el tono riesgoso de sus interpretaciones, alcanzando con rigor la más nítida versión de sus teorías: temperamento fogoso, caldeaba cuantas ideas le interesaron, como si fuesen el material que debía quemarse en la combustión de su inteligencia.

La trayectoria de estas búsquedas se sostiene sobre las relaciones con que declaró su reverencia a la vida y a la obra de Domingo Faustino Sarmiento; las definiciones con que elogió al sanjuanino ilustre se parecen a las que dijo con confianza de sí mismo. Cuando en 1911 publicó *Historia de Sarmiento*, confirmaba una relación nunca excusada en su posterior pensamiento; quiso vivir con multiplicado activismo y sostenerse en constructivas pasiones. Las diferencias de los años argentinos en que cada uno de ellos encarnó, provocan los conflictos de Lugones, confinado en las esferas del pensamiento por la atonía mayoritaria, que deformaba sus gestos esforzados, sus palabras entusiastas y sus intuiciones más personales. Entroncándose con Sarmiento, se reconocía inspirador de un renacer de las virtudes cardinales que sustentan la patria; como Sarmiento, buscó ser el hombre reclamado y seguido por su generación, el que sintetiza en prieto haz de sugerencias los motivos de la época. Escribió para la adhesión profunda, o para la polémica inteligente; la tibieza del medio lo fué limitando cada vez más en su individualismo, que confundía los motivos políticos y sociales de los últimos decenios. Después de 1930, pareció que quería desentenderse de lo que estaba ocurriendo fuera de los límites argentinos, negándose la confianza universal que apuntala sus primeras interpretaciones. Así mutilado, con crecida insatisfacción frente a lo inmediato, confundió

LETRAS

la trascendencia del Catolicismo, quedándose en los lindes de sus misterios.

Una emotiva página de *Historia de Sarmiento* recuerda el nacimiento de la vocación del poeta, sellando las relaciones con el prócer fundador. Una de las bibliotecas populares creadas por Sarmiento, sentó sus reales en Ojo de Agua, villorrio cordobés casi fronterizo con Santiago del Estero; a ese pueblo, perdido entre leguas de desierto, se había trasladado la familia Lugones cuando Leopoldo contaba menos de ocho años; en la escuela quedaban restos de la biblioteca, volúmenes con lomo de tela verde y el dorado escudo argentino sobre la tapa. Dos de tales libros encontraron en el niño el lector ideal, de los que había soñado despertar por el interior la confianza del sanjuanino. Al leerlos, Lugones comenzó a preparar otra lucha a favor de la civilización; aquellas jornadas son su vela de armas intelectuales. *La metamorfosis de los insectos* y *La Jerusalén libertada* atrajeron al pequeño; en las noches lugareñas, junto a las puntuales costuras de la madre, Leopoldo despertaba a la existencia en doble determinación de vida intelectual. El primero de los volúmenes le reveló el amor a la naturaleza; las estrofas de Tasso, los múltiples encantos de la imaginación poética.

Se selló así el compromiso inolvidable. La comarca cordobesa, figuración primera del inmenso paisaje patrio que interpretó en los poemas mayores, varía ante la comprensión del estudioso. El niño indagaba las razones que mueven a los animales y hacen crecer las plantas; sobre la impresión de belleza avanzaban las justificaciones del interés científico. Lo escrito por los sabios y lo aprendido en contacto cotidiano, respetuoso de la experiencia de los campesinos, coinciden en el espíritu infantil, apoyando luego las ambiciones del adulto, para quien ninguna novedad científica fué ajena. En la poesía, Tasso le descubrió una variedad de temas y de palabras, que tentaría siempre al poeta. Por un libro de zoología y una epopeya renacentista fué recogida la herencia sarmientina; los impulsos vocacionales irán agregando nuevos motivos a ese entronque, sin desvirtuar la doble preocupación. Sus muchas tentaciones literarias, variantes desde las primeras páginas hasta las últimas (en diarios y revistas) se sucedieron sin borrar la herencia inicial, que otorgó un alma al precoz escritor. Si la patria había comenzado a ser con Sarmiento y con José

Hernández, en cuanto éstos expresaron lúcidamente sus esencias, Lugones comenzó a ser desde el momento en que se reconoce hijo de ambos. Las páginas de *El Payador* confirman las de *Historia de Sarmiento* sobre cordiales motivos básicos.

Las lecturas juveniles en la Córdoba de fines de siglo, entre ultramontana y anarquista, situaron su actitud literaria, y al mismo tiempo ideológica, sobre estímulos que esfuerzan la ingenuidad de su apasionamiento. Se comprometió al situarse en el optimismo positivista de aquellas décadas, considerándose hijo de una época de progreso, que había triunfado sobre la religión y la metafísica por el imperio de la ciencia. Algunos poetas europeos y americanos —de Víctor Hugo a Olegario Andrade y *Almafuerte*— y caldeados anarquistas surten el arsenal de las retóricas y los remanidos tópicos sociales. Las estrofas publicadas en revistas, los primeros ensayos y los versos de *Las montañas del oro* señalan el atento discipulado. En 1886, la sorpresa del provinciano llegado a Buenos Aires descubrió un mundo de novedades poéticas —el alcanzado y difundido por Rubén Darío— frente al cual le parecieron antiguas sus lecturas cordobesas. En el conflicto por estar al día, persistente en toda su obra, se salva la admiración por Hugo, definido con antítesis aprendida del maestro: “Es el gran luminoso y el gran tenebroso”.

Lugones buscaba modelos de fe positivista y humanitaria, hombres que resumieran los motivos científicos y sociales con desborde de voz caliente, tan oratoria como épica. El poeta sería el Mesías de los nuevos tiempos, el iluminado que afirma con sus prevenciones el destino de la Humanidad; muchos siglos lo habían preparado, muchas voces confluían en la suya, innumerables experiencias se sintetizan en su pasión y en su intelecto. De ahí el compromiso de las mayúsculas, que resaltan en las primeras páginas lugonianas como hitos del itinerario que trasmitía señales inequívocas a la atención de los lectores, inmediatos representantes del mundo en que se elevaba el poeta, oteando perspectivas y por tanto imponiendo direcciones. La mezcla de estímulos literarios y de sentimientos políticos se comunicaba con actitudes de orador. Sus primeros poemas y casi todos los iniciales libros en prosa exigen los esfuerzos de la voz y del gesto: se han pensado en voz alta, con el convencimiento de que el mensaje debe ser expuesto activamente.

LETRAS

El programa de Lugones comenzó a expresarlo como intérprete de la humanidad; poeta vate que se exige en violentas tensiones, haciendo de la exaltación una modalidad de su literatura. Un cordobés sagaz, Carlos Romagoza, que conoció de cerca tales impulsos juveniles, descubrió en ese brillo el encubrimiento de una rebelión no muy clara, que desmesuraba la protesta sin el seguro conocimiento de las realidades nacionales. A su vez, el socialismo anárquico de Lugones fué juzgado por Darío como dramático rechazo de la vida argentina, viva de pronto en la sencillez con que el poeta decía sus recuerdos de la comarca natal; en 1896, terminaba una semblanza de este impetuoso RARO con palabras proféticas: "Entre tanto, el tiempo pasa. Él te enseñará muchas cosas. Entre ellas, que las ideas evolucionan y los colores cambian".

El torrente lugoniano, desenfrenado en las primeras etapas del recorrido, se hará luego más limpio, voluntariamente serenado, pero sin alcanzar la decantación definitiva. Cargado y recargado con los más diversos elementos, nunca correrá con total pureza. Quiso ser útil, con todas sus fuerzas, y encontró en la literatura el medio que su honradez esencial le vedaba en la turbia política del momento; por esto su expresión se carga de elementos justificativos, sin llegar al realismo indiscutible que alguna vez le aconsejó Roberto J. Payró, desengañado por el subjetivismo del pensador. La patria fué para Lugones un ser animado, entidad humanada que creaba su alma por el fervor de los poetas. Lo que Sarmiento hizo como gobernante, él lo fundaría como poeta; de esta manera, los mitos huguescos se funden con el impulso de Sarmiento. Lugones podía repetir para sí las palabras con que había elogiado al prócer: "La colosal impulsión de su vida, su vasto ensueño de patria, provienen de la pasión de ser útil. Él, tan combativo, tan desamparado, tan solo, asume hasta el sacrificio el noble anhelo de ayudar. Pásase la vida aprendiendo para enseñar, y buscando cosas útiles para su país. En su caridad humana, al uso estoico, vale tanto la compasión como la dádiva". La omnívora curiosidad lugoniana parte de este modelo: los problemas educacionales, la interpretación de la matemática de Einstein, las traducciones homéricas, el análisis de las teorías de Ameghino, la preocupación por la química y la mineralogía, las curiosidades arquitectónicas, los estudios gramaticales y filológicos; todos estos motivos se suceden en carrera

ansiosa con su época. Numerosos especialistas pudieron señalarle, en repetidas ocasiones, fallas técnicas y errores de doctrina, falible el expositor por los tropiezos del autodidacto y los compromisos diarios.

Sarmiento tuvo en el gobierno los medios para encarnar su pensamiento; su caridad, con cierto tono de profetismo hebraico, se justificó en las palabras y en los hechos con que combatió, a veces en impiedad de cauterio, los obstáculos puestos a sus ideales. Hablaba mal de la Argentina y de los argentinos, para darse el gusto de elogiar adelantos y superaciones, sabiendo que era el motor de muchas y comprometidas esperanzas. Sus desacuerdos se anulan ante el impulso que los explica: vivió haciéndose hombre de provecho, unificando en el nivel de sus propios adelantos los del país. Para Lugones, resultaron más arduos los desacuerdos, más agónicos los errores, y definitivo el fracaso, en cuanto con él apostó su propia vida. En los años sarmientinos el país cumplía con optimismo las empresas nacionales; el mañana era ingrediente de todas las fundaciones, y a pesar de algunas rudas polémicas, Sarmiento se sintió comprendido por los contemporáneos más responsables; había mucho que hacer y todos colaboraban en la empresa. Los argumentos de Lugones, lanzados con violencia sobre el lector, a veces como quien se impone con golpes prohibidos, le crearon enemigos menudos y rencorosos, que nunca supieron perdonarle el combatiente criticismo. Su voz concluyó por alzarse entre la indiferencia de la mayoría, sin alcanzar las rectas encarnaciones del acto, ni siquiera en quienes lo aprovecharon como inspirador. La prédica, erguida sobre internas batallas, se fué quebrando en la prisa por hacerse oír y el ansia por multiplicarse; "mi verdad" y "mi honradez" fueron los justificativos que invocó para ser oído. En 1917 escribiría: "Yo me hago mi ley, me la doy y me la quito. Si tengo alguna autoridad moral, de eso me viene. Y mi trabajo me cuesta. Me lo enseñó el pájaro que vuela al amanecer, en ayunas, pero cantando".

Este personalismo responsable se confirma en la literatura, sin alcanzar su equilibrio hasta los últimos libros. Lugones era un épico y su actitud sorprendió en una generación americana de líricos, que intentaban el supremo rescate de la belleza. Sobre tal distingo, asentó su respeto a Darío, rubricando su misión dentro del orbe hispánico: "el hombre significativo de un renacimiento que interesa a cien millones de hombres, el último libertador de América, el creador

LETRAS

de un nuevo espíritu". Para Lugones, las transformaciones de la poesía implicaban etapas de la civilización, conquistando depuraciones emotivas y rítmicas del idioma, adelantado así en verdad y en belleza. De ahí la necesidad gentilicia de los poetas, sobre los bastos acuerdos populares. El prólogo a *Lunario sentimental* propone a los poetas la urgencia en "demostrar a la misma práctica gente la utilidad del verso en el cultivo de los idiomas; pues por mínima importancia que se conceda a estos organismos, nadie desconocerá la ventaja de hablar claro y brevemente, desde que todos necesitamos hablar". Corolario de estas afirmaciones es un rotundo artículo publicado en LA NACIÓN en 1935: "El bienestar material no es una causa sino un efecto. Proviene de la satisfacción espiritual, que es un estado de certidumbre y de esperanza en el cual fructifica la sabiduría. Pero ésta, a su vez, es construcción; y, en consecuencia, jerarquía de elementos subordinados entre sí: proporción, como todo sistema. Por donde es fácil deducir el carácter negativo y destructor de la igualdad, que científica y moralmente hablando, significa rebajamiento". Elogio de la aristocracia de la inteligencia, impuesta por el lenguaje: "La apreciación de la importancia que corresponde en la expresión verbal a la poesía y a la prosa es el mejor definidor de una cultura".

"Sin libertad espiritual, ninguna otra existe" había escrito en *Prometeo*, uno de los libros con que celebró el Centenario de 1910. El individualismo de los hombres representativos, los más libres, se introduce como levadura en la masa amorfa del país, otorgando valederas razones a quienes viven sin otras inquietudes que las inmediatas. Moral, estética y filosofía faltan en la civilización contemporánea—vista hacia aquellas décadas como resultado funesto del cristianismo—, continuidad de fracasos frente a la plena exaltación de Grecia. Había que crear leyendas y fábulas, visiones e historias, para compensar el materialismo mayoritario. Los hombres más dignos, los poetas, alcanzarían así la dignificación del pueblo. *La guerra gaucha*, 1905, *Las fuerzas extrañas*, 1906, *Lunario sentimental*, 1909, *Odas seculares*, 1910, *Elogio de Ameghino*, 1913, y *El ejército de la Iliada*, 1915, acuerdan ambiciones universales con la expresión de lo argentino. Motivos que apoyan la obra de Lugones hasta el 14. *El Payador*, conferencias sobre MARTÍN FIERRO, de 1913, cierra este ciclo justificativo, con razones que destacan la suficiencia nacional del poeta: "sien-

do la patria un ser animado, el alma o *ánima* es en ella lo principal. Por otra parte, la diferencia característica llamada personalidad, consiste para los seres animados en la peculiaridad de su animación, que es la síntesis activa de su vida completa: fenómeno que entre los seres humanos (y la patria es una entidad humana) tiene a la palabra por su más perfecta expresión”.

Con los cuentos de *La guerra gaucha* y con las *Odas seculares* expresó dos celebraciones argentinas, complementando los orígenes épicos comentados por el poema de Hernández. Los primeros narran la gesta anónima del Norte, en estilo de enfadosa prestancia que quería resguardarse de los avatares del uso cotidiano, tanto, que pesa sobre los aciertos temáticos. En las *Odas* se anima grandiosamente el variante paisaje de la patria, los hombres y las tareas, en entronque simbólico con la historia; Horacio y Virgilio presiden el intento. Quedaban atrás las tentaciones simbolistas de *Los crepúsculos del jardín* y el prosaísmo hogareño o la exaltación romántica de *El libro fiel*, como el humorismo funambulesco de *Lunario sentimental*, muestrario de una riqueza metafórica que exacerbaba sus posibilidades en el manejo del idioma. *Elogio de Ameghino* completa la intención con que fué concebida *Historia de Sarmiento*: apasionados elogios de arquetipos de nuestra vida intelectual, necesarios para formar en el ejemplo mejor a las nuevas generaciones. *Las fuerzas extrañas* muestra estudiadas preocupaciones mitológicas y científicas; se aprovechan cosmogonías y novedades de la ciencia en otros tantos relatos que muestran las fuerzas incontrolables que persisten en el mundo. Lugones fué fiel a cada tema, en las variantes del estilo, confirmando la dedicación vocacional de su aprendizaje; la misma que se rubrica en los estudios homéricos y en las traducciones de la ILÍADA, preocupado por encontrar en el espiritualismo griego motivos de alta dignidad humana.

Hacia los lustros finales de este período, la visión histórica de Lugones manifestaba una rotunda condena del cristianismo. En el esclavizante orientalismo de la herencia cristiana reconocía la ruptura violenta del triunfo grecolatino, que había instaurado la libertad individual, la única plenaria en cuanto encuentra en sí misma motivos y sanciones. Las luchas entre paganismo y cristianismo formarían la trama de la historia europea, con adelantos sólo momentáneos del pri-

LETRAS

mer oponente. El ideal de la revolución francesa habría basado una auténtica reanudación, puesta de nuevo en juego por la contienda del 14. Las revoluciones americanas, fruto de aquella revolución, comprometían a nuestra patria con Francia y la espiritualidad grecolatina.

Las antítesis románticas —nunca esquivadas por Lugones— se ordenan en confirmantes series, arrojadas sobre la atención del lector, a quien no se permite ningún desacuerdo. Para Lugones, el mundo pagano fué la síntesis de un concentrado idealismo, negado por la Alemania del 14, a la cual admiraba la brutalidad de una América sin alma. Enronqueció diciendo sus ideas para que la Argentina se decidiera sin errores; las dijo con valiente seguridad verbal, que no siempre encubre los deslices interpretativos, nacidos de la confianza con que el juego dialéctico favorecía sus intereses demostrativos. Su sensibilidad histórica buscaba las posibilidades y las conveniencias de la nación, tan respetables como las de cada individuo. Fué una decisión de no equivocarse, de distinguir lo intransferible, que se irá acentuando hasta el profetismo de la Hora de la Espada, con el que superó sus desengaños posteriores al armisticio del 18. Hacia ese año había comenzado a reconocer en Europa los signos de esa insubordinación social que la tesis de Ortega y Gasset describiría como rebelión de las masas. Lugones, tan respetuoso del verdadero pueblo, rechazó siempre la opinión directriz de la mayoría; en política como en literatura, consideraba que la masa —suma de movimientos tribuales— necesitaba ser encauzada y dirigida. Creyó que las nuevas anarquías derivaban de la quiebra del constitucionalismo liberal del siglo XIX y manifestó su rechazo de una idea, la del progreso indefinido, en la que había crecido su entusiasmo juvenil. Se preocupó cada vez más por el deslinde de las autenticidades de América, para concluir en admirador de la Latinidad y del Derecho Romano. En sus ideas de entonces, los militares representaban la última aristocracia, resguardada por tal de la confusión demagógica; por ello, cargó a sus representantes con las responsabilidades del momento, denunciando con crudeza las fuerzas de insubordinación que crecían en nuestro país.

En la misma época acentúa rigores con respecto a la poética. En condena de los nuevos poetas —los imaginistas del periódico MARTÍN FIERRO—, escrita en 1925, destacó los límites de su estética, complementación de principios artísticos y morales:

“Amor y rima: esto es toda la poesía, en efecto. O como lo dije alguna vez profesando la estética, emoción y música.

“La diferencia entre la libertad y la anarquía la establece el capricho a cuyo poder se inventan construcciones de existencia imposible: adefesios o monstruos, según se trate de objetos artificiales o de seres vivientes.

“En todo tiempo existió el culto del mamarracho y del monstruo, que es, en suma, el culto de lo feo, característico de los degenerados y los “snobs”, o sean los necios que prefieren, por jactancia, lo estrafalario. Ejecutores naturales de esa estética al revés, son los artistas fracasados y mediocres, en virtud de una sencillísima razón: lo feo es también lo fácil. Así los monigotes y algazaras de los salvajes y de los niños”.

Tales simulacros de poesía —continuando con los argumentos lugonianos— podían explicarse en Europa, dentro de los desquicios sociales provocados por la posguerra; en América no eran sino el remedo bullicioso de modas efímeras, que desnaturalizaban el sentido de una auténtica tradición. Las amenazas prefiguradas por la demagogia y la subversión de los valores artísticos eran igualmente nocivas para la salud mental de América; de ahí la rasante condena que cierra una etapa de su pensamiento. Un artículo de 1925 destaca la aplicación del método experimental a las fórmulas políticas, que le permitió juzgar “la falacia de la ideología democrática y pacifista, basada en el progreso indefinido que postula el finalismo ético de la evolución humana”.

Si en las primeras teorías interpretó confiadamente el positivismo contemporáneo, tratando de proyectarlo en viva conformidad de lo argentino con lo universal, en las últimas buscó que el porvenir se cumpliera como reanudación del pasado; seguridad tradicional que buscó en la raíz latina las razones de la Ley y de las minorías ductoras. Junto a estos avatares, continuaba su reverencia hacia Sarmiento, justificando en términos del sanjuanino un sentido del progreso político, que señalaba a la democracia “el derecho de equivocarse y de hacerse daño con la libertad misma”. Lugones sostuvo que su evolución nacía del derecho al error, que es la base de la libertad personal; creyó que sus antiguas adhesiones lo habían dañado, y en ilustrativo paralelismo entre su conciencia y la vida argentina, trató de remediar tales daños con la proposición de una nueva política.

LETRAS

El dogmático y justamente fustigado *Discurso de Ayacucho*, 1924, destacaba que “La vida completa se define por cuatro verbos de acción: amar, combatir, mandar, enseñar. Pero observad que los tres primeros son otras tantas expresiones de conquista y de fuerza. Y desde 1914 debemos otra vez a la espada esta viril confrontación con la realidad”. El fracaso de quienes se declaraban intérpretes de la democracia, lo hizo creer en el fracaso de los principios democráticos; entonces, el imperio ético de la fuerza armada se le apareció como la única solución posible. Frente a las leyes caducas de su socialismo juvenil, erigió las necesidades de otras leyes: la autoridad de la aristocracia militar, “la última posibilidad de organización jerárquica que nos resta entre la disolución demagógica”. Fuera de ella sólo quedaban el colectivismo y la paz animalizada, que buscaba ejemplos en el Perú de los Incas y en la China de los mandarines. El consecuente lector de Nietzsche —como tantos de los modernistas— anheló siempre definiciones perdurables del superhombre, eje de sus impresiones políticas. Los pueblos americanos necesitaban conductores; primero creyó Lugones que éstos debían ser los poetas, luego que sólo podrían serlo los militares. Las virtudes del verbo se diluyen frente a la prestancia del acto autoritario, movido por necesidades superiores, la belleza, la esperanza y la fuerza. La continuidad moral transfiere tales predicados a los hombres de armas, ya que los poetas se habían dejado ganar por la masiva rebelión contemporánea, hundiéndose en la confusión de motivos éticos y estéticos.

Creando que los hombres de palabras resultaban débiles frente a la medianía circundante, reconocida su propia impopularidad, requirió con urgente calor los medios que encarnasen su pensamiento: quiso que su prédica fundamentase el acto heroico de los jefes, sin olvidar que éstos deben sostenerse sobre preeminencias morales. Relación que lo empujaba a elegir ejemplos históricos, sin conformarse plenamente con las recientes manifestaciones del fascismo y del nacionalismo hispanizante americano. La perdurable experiencia de Roma lo acercó al Catolicismo, afirmando su soberbia en la menguada comprensión del Verbo encarnado. Necesitaba, como en los años juveniles, que se reconociera el prestigio de los mejores, de quienes representan la sensibilidad contemporánea dentro de ciertos carriles tradi-

cionales. Buscaba así que los rigores de un grupo aristocrático se sobrepusieran a las condiciones mayoritarias de confusión.

El paralelismo entre su existencia y los malos años en que vivió se reconoce en la intrincada evolución. Lugones se fué exponiendo como responsable de sus teorías y del espíritu argentino; los ideales constantes de la patria fueron la perspectiva de los últimos artículos, frente a la inmoralidad que avanzaba como gangrena del cuerpo nacional. Antes, con auspiciosa generosidad, había creído en el inalterable progreso histórico; postulado ético que se le había convertido en "ilusión generosa", inútil para pueblos jóvenes. Más solo que nunca, el Lugones de los últimos años conoció el rechazo de los pocos leales de ayer y el retorcimiento aprovechado con que nuevos fieles desvirtuaban sus principios. Olvidado y mezquinamente combatido, quiso rescatarse de las atonías reiterando con batallante ímpetu un nuevo mensaje; para imponerlo invocaba otra vez la constancia moral de sus actos y el desinterés con que había servido sus adhesiones. sin prestarse a los sustituibles juegos de la política criolla.

Como última misión de auténtico servicio patrio, escribió los *Romances de Río Seco*. Completaba y depuraba así las interpretaciones históricas y las visiones del paisaje adelantadas en *El libro de los paisajes*, 1917, y *Poemas solariegos*, 1928. Una feliz dedicatoria de este último lo presentó como síntesis del canto natal, voz de los hombres que viven y trabajan en la tierra de todos. La sencillez de la palabra y el acorde medido del ritmo comunican sin retórica las felicidades de un hombre que sentía y amaba a la patria en las cosas de siempre: "En la Villa de María del Río Seco, / Al pie del Cerro del Romero, nací. / Y esto es todo cuanto diré de mí, / Porque no soy más que un eco / Del canto natal que traigo aquí". El poeta diferencia y al mismo tiempo anuda las virtudes de la tierra, vividas en repetidas experiencias, las que acompañan sentimientos y razones hacia la tan buscada paz. La añoranza de la infancia campesina se tornaba sostén entre las turbaciones de su pensamiento, limpiándole la visión y asegurando la fluidez de la palabra serena, poco ostentosa: "Canto de la tierra útil que vegeta las plantas, / Palpitada de pasos, resonante de llantas. / Generosa en las minas, regalada en los huertos. / Amada por los vivos, piadosa con los muertos. / Satisfecha en la ubre próspera de la vaca, / Y florida en mi amable maceta de albahaca".

LETRAS

Las opuestas atracciones entre las cuales osciló la poesía de Lugones —clasicismo y romanticismo, modernismo y poesía tradicional, instancias épicas y tentaciones decorativas— alcanzaron distintas formas de solución, ninguna llevada hasta sus extremas consecuencias. Quizá ni los *Romances* finales alcanzaban a colmar sus ansias de poeta al servicio de la patria, honrando los asuntos con las palabras que manifiestan la belleza perdurable y compartible. *Las horas doradas*, 1922, incluye “El dorador”, que asienta y juzga las evoluciones del hombre y del poeta, hacia una meta que nunca gozaría totalmente: “Si consiguió tu vida diferente, / Sobre la peña o por el cauce blando, / La flexible unidad de la corriente, / Que, como va corriendo, va cambiando; / “Si fiel a la verdad que tu alma aquieta, / En la sombra estrellada de tu abismo, / La pasión de la bondad completa / Te revela que Dios está en ti mismo; / “Si serenado de equidad, ya en tu alma / Ningún torpe desco se encapricha; / Si el cielo es el espejo de tu calma, / No busques más, amigo, esa es la dicha”. Tales versos son la respuesta a una romántica ansiedad de 1892: “. . .ambición de llegar que no se acaba”.

Tales ansias lo habían conducido al Catolicismo, tratando de conciliar en sus principios los desacuerdos del hombre y del escritor. La raíz de esta búsqueda nace del Imperio Romano, considerado el mejor resultado político de la historia occidental; experiencia que empalma con el Cristianismo, o cuerpo de Cristo. Al sentido jurídico romano se suma el valor moral de la cristiandad, sin que la inteligencia de Lugones se vivificase en los misterios teológicos. No comprendió de qué manera el hombre podía renovarse en Cristo. Quiso creer en principios religiosos, necesitó aferrarse a ellos, pero no alcanzó las últimas consecuencias del itinerario, trabado por las presunciones científicas de su pensamiento. Los fervores del neófito —tan turbadores siempre— lo llevaron a otro dogmatismo, insobornable a la caridad.

La Argentina se le había confundido como entidad social, limitado por las proyecciones optimistas de sus primeras ideas; luego, por otras vías, reiteraría el mismo fracaso, sin alcanzar una total certeza de las realidades. No es que sintiese miedo ante ellas; lo visto en la Argentina de sus últimos días se parecía demasiado a la turbación insubordinada que rechazaba en Europa; tanto, que no podía igno-

rarlo. Cerrado en límites gentilicios —como alguna vez manifestó a un periodista—, quiso desentenderse de Europa, al menos de sus soluciones políticas, pero tales motivos le llegaban con fuerza. Ante este dilema, el Catolicismo le ofreció un sostén ideológico, sin que penetrara las justificaciones de la Encarnación; Jesús fué para Lugones un valor histórico más que divino. El antiguo lector de textos científicos, el positivista de los primeros años del siglo para quien lo sobrenatural era mitología y la metafísica un fraude, se sintió aprisionado por las tramas de una red tejida en numerosos años de soberbia intelectual. Había creído tan firmemente en las preeminencias del intelecto, que cerró su misión vocacional hasta desdeñar las divergencias de otros intérpretes. Se sintió el hombre de su propia verdad, creada por él y defendida por él; no aceptaría entonces las posibilidades distintas de otros pensadores. No comprendió la insistencia de San Pablo en la preeminencia de la Caridad, ni ahondó espiritualmente el itinerario de San Agustín, aunque leyera a ambos; se quedaba fuera de las últimas justificaciones en la Gracia. En 1938 lo confirma su suicidio, manifestación de desesperado, si no fuera más bien soberbia de irreductible.

Esta voluntad última se justifica ya en un pasaje de los *Estudios helénicos*: “La vida lograda como por mano de artista, mediante el cumplimiento del destino con que se nació, es la mejor obra de belleza que puede el hombre realizar; pues así habrá esculpido en su barro perecedero —que barro y nada más somos, de polvo fugaz, un instante amasado con lágrimas— el modelo divino en que encarnamos nuestra misteriosa noción de la armonía y de la esperanza. Pero la muerte voluntaria, por prevista o por aceptada en la serenidad de un desenlace necesario, constituye el heroísmo, es decir, la belleza exaltada a lo sublime. Y cómo no, si viene a resultar el supremo sacrificio en aras de la equidad o del bien ajeno”.

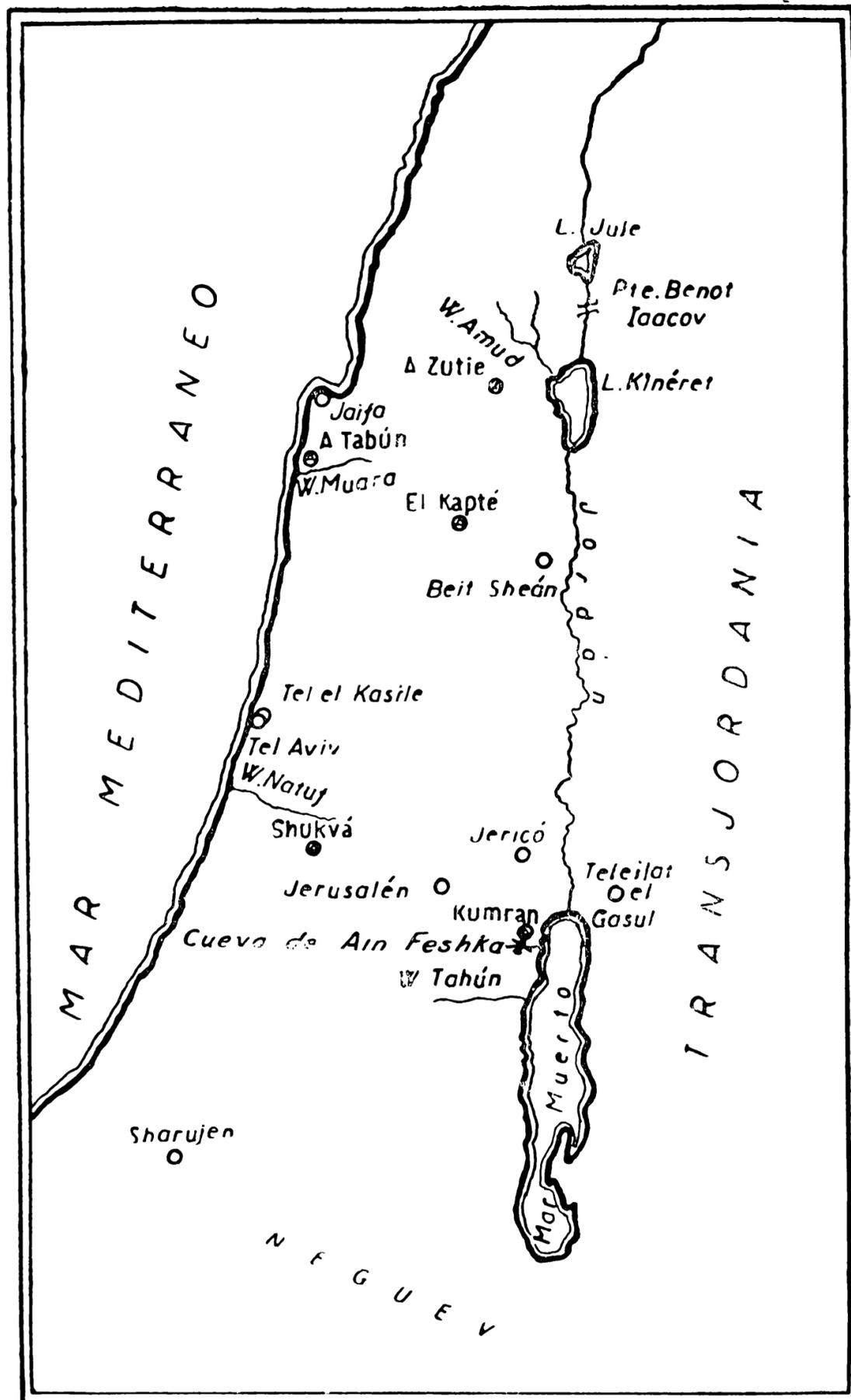
El vocativo andar de su existencia lo impulsó a creerse el Mesías de nuevos tiempos nacionales; su obra cumplía con este destino y necesitaba por tanto que se la compartiese; su muerte voluntaria fué el llamado de advertencia último, el que ya no alcanzaba su palabra. Su afán mesiánico abrevió las etapas, con el ansia afanosa de los pensadores de nuestra América. Su suicidio responde a las muchas preguntas que lo urgieron, diversas sobre el mismo prestigio de su honradez.

LETRAS

Es como si su inteligencia, fatigada e incomprendida, se hubiera convencido de lo deleznable de la lucha, de su lucha. Sin fe en la misericordia, se jugó entonces sobre responsabilidades nacidas de su propia ley.

Hay una etapa de la cultura americana, la más original, aquélla en que los pensadores comienzan a reflexionar sobre las realidades y el destino de América. Para la Argentina fué la cumplida por los proscriptos de Rosas, que buscaron entre agonías las explicaciones de su presente, en despiadado hurgamiento de la patria, que condenaba errores antiguos y contemporáneos a la vez que señalaba terapéuticas. Algunos de estos hombres formularon la generosa utopía de América, que traslada a un realizable futuro las obras impedidas por el presente. Lugones no se conformó con tal utopismo, sino que concibió una suma de urgentes soluciones, que confirmaban su inobjetable misión, la del esperado Mesías espiritual, el poeta conductor de su pueblo. Su literatura es un resultado de tal vocación, variada en etapas, e interpretada dentro de modalidades exigidas por el rigor de su estética.

José Enrique Rodó, crítico por excelencia del modernismo, había escrito sobre *el que vendrá*, el artista de América que aunase decisivamente sus motivos en lenguaje de calidad universal. Lugones, que comenzó considerándose un vate al servicio de la humanidad, se sintió luego un raro —uno de esos inusitados creadores que celebró Darío—, para responsabilizarse luego sobre preocupaciones cercanas a las que señaló Rodó. Toda su obra se desenvuelve sobre las tensiones de esta perspectiva, hasta los últimos *Romances*, los que mejor representan la sencillez gentilicia de su estilo, y el rigor de la última prosa —la inconclusa semblanza de *Roca*—, aprendida en la estrictez del verbo latino.



Mapa de Israel con la indicación (x) de la cueva de Aïn Feshka, abierta en las rocas que bordean la orilla noroeste del Mar Muerto —en el desierto de Judá—, donde en 1947 fueron hallados los primeros rollos conteniendo manuscritos bíblicos anteriores a la era cristiana o de sus comienzos.